

# PEQUEÑA CRÓNICA DE SANTACRUZ

Por Juan Antonio Padrón Albornoz

## Las playas que fueron



A finales del pasado siglo, las playas se abrían a la mar libre y abierta. En la Marina, sólo almacenes y alguna edificación que, cargada de años y reformada, aún se conserva.

Santa Cruz viejo que se refleja en sus viejas, desaparecidas playas.

Santa Cruz de ayer que se refleja en su mar, mar de siempre, tranquila y domesticada al abrigo del muelle Sur.

Parte de este viejo Santa Cruz —ido para siempre— es aún actual, vivo.

Y ahí están, geométricos y tocados de tejas canarias, los almacenes de la Compañía Escandinava que, entonces frente a la mar, hoy recatan su estampa de ayer tras los modernos edificios —hierro, cemento y cristal— que forman el "waterfront" espléndido de la ciudad.

Mar pintada de pequeñas embarcaciones, chinchorros y dos proas valientes, que enmarcan y cercan a la extrañamente sola gabarra. Esta, panzada y negra, en sus hondas calas presente —quizás siente ya— el peso del tesoro humilde del negro Cardiff, aquel buen galés de antaño, carbón de mucha fuerza y poco humo.

Frente, las playas de ayer.

Frente, las playas que fueron, que ya no son, pero cuyos nombres —aún bien recordados— están en el sentir y recordar de todos. Y también en el añorar y soñar, en ese soñar que es volver a vivir.

Ruiz.

La Peñita.

San Antonio

Los Melones.

Playas todas de ayer.

Playas que Santa Cruz cedió, con ese su proverbial desprendimiento, al puerto en crecimiento constante.

Sin embargo, junto a la enorme explanada del muelle de Ribera, hasta hace poco tiempo se adivinaba la situación de la última playa santacrucera cogida al brazo protector del muelle Sur. Desaparecidas las otras, ésta, la última y también la menor, parecía resistirse a dejar de ser y entrar para siempre en el pasado.

La ya desaparecida playa de Los Melones evoca el ayer a la derecha del viejo grabado que encabeza estas líneas. Resulta difícil imaginar que allí se alzasen, en otros tiempos, las cuadernas que cubriéndose de tablazón, de maderamen nuevo y oloroso, iban tomando forma lentamente y transformándose en la línea, fina y clásica, de las goletas tinerfeñas de antaño.

Eran tiempos aquellos en los que las olas abrían y cerraban su acompasado, rítmico batir sobre la playa abierta a la mar libre.

Frente a ella mecían sus estampas marineras de altos palos y esbeltos masteleros los veleros de nombres sonoros —"Nívaria", "Bella Palmera", "Teide", "Ninfa de los Mares", etc.— que aún conservaban en sus calas el perfume intenso del Caribe ardiente y huracanado.

En la playa pequeña, a la sombra casi de la Almeida artillada y protectora, los negros costillares —naves en potencia— se erguían bajo la capa sonora de martilleos constantes, runrún de sierras y quejidos de madera herida, capa sonora que, siempre, envolvía al primitivo astillero.

La breva marinera y el oscuro chapapote competían en aroma con el perfume silvestre —el eco de las flores según Gómez de la Serna— que bajaba de las laderas del Lomo de la Cruz y Ventoso.

La montaña, ocre y seca, no se adornaba aún con el verde, vivo esmeralda, que hoy la cubre y enriquece.

A la vera de la mar inquieta, la playa fue cuna de nombres famosos que, en adornados espejos de popa, lucieron sobre el Tenerife que —orgullosamente— proclamaba estirpe y matrícula.

Los nombres de aquellos barcos se han perdido y viven sólo en las amarillentas páginas de la prensa de entonces que, aún, nos dice de aquel su constante ir y venir.

Bajo lonas repletas de brisa y sol, el tajamar valiente mordía el océano, sumaba singladuras y barajaba toda la sonora geografía antillana —Manzanillo, Júcaro, Matanzas, Batabanó, Isabela de Sagua, Tuna de Zaza— en la que, con La Habana espléndida, imán de todos los isleños, se graduaron de capitanes los marinos tinerfeños.

De esta pequeña, primitiva grada de Los Melones procedía la famosa y bien recordada "Victoria", fragata de tres palos cuya botadura constituyó un sonado acontecimiento, no sólo marinero, sino también social, en aquel Santa Cruz de entonces.

La playa, aplacerada, sirvió para que en ella limpiasen fondos o reparasen aquellas fragatas y bricbarcas balleneras que, desde New Bedford y Long Island, recalaban para suministrar, hacer la aguada y, —tras un corto descanso a sus tripulaciones— arrumbar luego al Pacífico, lejano en veleras singladuras.

Siguiendo el ejemplo de estos veleros, allá en las postrimerías de la década del 90, el entonces cañonero de apostadero, "Infanta Eulalia", —previo desembarque de sus calderas

nistrar, hacer la aguada y, —tras un corto descanso a sus tripulaciones— arrumbar luego al Pacífico, lejano en veleras singladuras.

Siguiendo el ejemplo de estos veleros, allá en las postrimerías de la década del 90, el entonces cañonero de apostadero, "Infanta Eulalia", —previo desembarque de sus calderas en el muelle Sur— fue remolcado a Los Melones en pleamar.

Apuntalado por recios maderos, limpió y pintó sus fondos el minúsculo cañonero de 215 toneladas, palos de mucha guinda y delgada chimenea en caída, que parecía desafiar a la poderosa Almeida con la negra boca de su solitario Hontoria de 120 milímetros y la Haxim automática que lucía en la toldilla.

También a finales del siglo pasado el pequeño muelle carbonero dividió la playa y, poco más tarde, se inició la obra del varadero que la Elder construyó para sus propias embarcaciones. Quedó, además, separada la playa de la vía costera a San Andrés por los almacenes que para el carbón allí se edificaron, almacenes que todavía lucen aquella su simple y útil arquitectura, cargada de recuerdos del puerto que fue.

Pasaron décadas.

Creció el puerto.

Pero la estampa de la pequeña playa permaneció inalterable.

Frente a ella, las negras gabarras carboneras ponían sus estampas clásicas y, además, aquel su constante movimiento hacia los "steamers" que, con los "coal side bunkers" exhaustos, llegaban para aquí rellenarlos.

Daban vida a la playa con el trajín y, también, cuando en el "muellito" cercano —el mismo que quedó bajo los rellenos efectuados para el muelle de Ribera— atracaban y, poco a poco, según caía el carbón en sus calas, iban quedando de nuevo cargadas y listas para, una vez más, hacerse a la mar en la estela de uno de los remolcadores, aquellos de alta chimenea y penacho que manchaba las mañanas claras.

Pasaron décadas.

Creció el puerto.

La segunda guerra mundial trajo a Santa Cruz mercantes

(Pasa a la pág. siguiente)